

obras de Medicina que Lázaro había dejado ocultas, por no serle de utilidad inmediata, como el *Tratado de Fisiología*, por Longuet, y la *Anatomía descriptiva*, por Cruveilhier, y Paulina las sacaba del estante á espaldas de su tía, y las colocaba en oyendo el menor ruido, sin apresuramiento, no como curiosa culpable, sino como estudiante laborioso cuya vocación ha sido contrariada por sus padres.

Al principio no las comprendió, á causa de las palabras técnicas que era necesario buscar en un léxicon; pero adivinando en seguida la necesidad de un método, entregóse al estudio de la segunda antes de leer la primera, y entonces aquella niña de catorce años aprendió en pocos días lo que ignora por lo general una mujer hasta la época de su matrimonio.

El lento descubrimiento de la máquina humana la llenaba de admiración, y leíalo todo apasionadamente, con más deleite que los cuentos de hadas habían producido en su espíritu; y si algo se escapaba á su penetración, creía aprender bastante para aliviar á los que sufren, y su corazón se conmovía de piedad con el deseo de conocerlo todo para curarlo todo.

Y entonces, sabiendo ya por qué había estallado

la ola de sangre de su pubertad, conservó un rencor inextinguible contra el silencio de su tía, por la ignorancia absoluta en que la había dejado; así es que cuando, pasadas algunas semanas, la señora Chanteau la dijo un día que no volviese á asustarse como la vez primera, ella respondió tranquilamente:

— Sí, sí..... ¡ya sé!

Su tía la miró con expresión de espanto.

—¿Qué sabes?

Y entonces Paulina, como no podía soportar la mentira, confesólo todo, quedando su tía petrificada al abrir los libros de medicina y mirar los grabados que ilustraban el texto. ¡Ella, que se había impuesto no pocos trabajos para explicar á su sobrina con palabras inocentes los amores de Júpiter! ¿Por qué Lázaro no había guardado bajo llave tales libros? Cerró el armario la buena señora, y metióse la llave en la faltriquera; mas ocho días después el armario estaba otra vez abierto, y la muchacha se permitía de cuando en cuando leer el capítulo de las neurosis, pensando en su primo, ó el del tratamiento de la gota, con la idea de aliviar á su tío.

Por lo demás, y á pesar de las severidades de la señora Chanteau, los mismos animalitos de la casa

la habrían instruído demasiado, aunque no hubiera abierto los libros.

La Minucha especialmente la interesaba cuando, madre de muchos gatitos cuatro veces al año, Verónica los ponía en el fondo de su delantal de cocinera, y los arrojaba al agua.

—¡Oh, tía mía!—exclamaba la muchacha.—¡Esta vez es preciso dejar uno á su madre!

—No, no—respondía Verónica enfadándose.—¡Para que ella le arrastré por toda la casa!

Había en Paulina un amor á la vida que se desbordaba más cada momento: todo lo que vivía, todo lo que sufría la llenaba de ternura activa, de ardiente efusión de cuidados y caricias; habíase olvidado de París, y parecía haber sido empujada hasta allí, en aquel suelo rudo, por el soplo de los vientos del mar; en menos de un año aquella niña de formas indecisas se transformó en mujer robusta, de anchas caderas y abundoso pecho; de la mañana á la noche llenaba la casa con los acentos de su voz grave y poderosa, y al acostarse, cuando su mirada caía sobre los mórbidos contornos de su seno, sonreíase con deleite, aspiraba regocijada su olor de mujer hermosa, como si fuera un ramo de flores aromáticas; aquello era aceptar ampliamente la vida,

amar la vida hasta en sus funciones más íntimas, sin disgusto, sin temor, y saludarla con la triunfante canción de la salud.

Lázaro no escribió una carta por espacio de seis meses, y apenas algunos cortos billetes daban fe de su existencia y tranquilizaban á la familia; mas luego, súbitamente, escribió á su madre carta sobre carta: suspenso también en los exámenes de Noviembre, cada vez más refractario á los estudios de Medicina que removían materias demasiado tristes, según él decía, habíase dejado arrebatar de golpe, con pasión no menos ardiente, por la Química.

Las cartas sucesivas comenzaron á explicar el proyecto que el joven acariciaba, tímidamente primero, y luego con entusiasmo progresivo: tratábase de una gran explotación de algas marinas, que debía producir millones, merced al método y á los nuevos reactivos descubiertos por el ilustre químico Herbelin, á quien se asociaba, y cuyas invenciones empezaban á causar verdadera revolución en las ciencias.

En resumen: significó su formal deseo de no ser médico, y aun manifestó que prefería vender remedios á matar enfermos.... y todas sus cartas concluían con el argumento de una fortuna rápidamente ganada, haciendo fulgurar á los ojos de su familia la

promesa de no abandonarla nunca, y de instalar una fábrica cerca de Bonneville.

Pasaron los meses de las vacaciones y él no volvía; todo el invierno siguiente describió en detalle su proyecto, remitiendo á la señora Chanteau cartas que ella leía en alta voz por la noche, de sobremesa; y al fin, en una tarde de Mayo, se celebró consejo de familia, porque el joven pedía con urgencia respuesta categórica.

—¡Es el retrato de su abuelo, travieso y emprendedor!—declaró la madre, dirigiendo una ojeada á la obra maestra del antiguo carpintero, cuya presencia en la chimenea la irritaba siempre.

—Ciertamente que no se parece á mí—dijo Chanteau entre dos ayes, pues acababa de sufrir una crisis—porque yo no tengo esas mudanzas; pero tú, querida, no eres muy pacífica.....

Ella se encogió de hombros, como para decir que su actividad estaba sostenida y dirigida por la lógica, y luego replicó lentamente:

—El hecho es, ¿qué queréis que os diga? que es necesario escribirle seriamente para que siente la cabeza: yo desearía que fuese magistrado; médico, todavía era muy propio; más he ahí que prefiere ser farmacéutico, apoticario..... Pero que vuelva, que

vuelva pronto y gane mucho dinero, que será lo mejor.....

Esta idea del dinero la decidía: su adoración á su hijo partía de un nuevo ensueño, de una ilusión más realizable; considerábale ya, no sólo como farmacéutico, sino como rico, propietario de una soberbia casa en Caen, consejero municipal y provincial, diputado..... ¿quién sabe?

Chanteau no era de igual opinión: resignábase á sufrir, dejando á su mujer la iniciativa y dirección de los asuntos principales de la familia; y cuanto á Paulina, á pesar de su sorpresa, de su tácita reprobación de las veleidades de su primo, era de parecer que se le dejase volver á intentar su gran negocio.

—Por lo menos—murmuraba—estaremos todos reunidos.

—Y además, ¿para lo que el señor Lázaro ha de hacer en París!—se permitió añadir Verónica.—¡Más vale que piense un poco en cuidar de su estómago entre nosotros!

La señora Chanteau aprobó aquella observación, y sacando la carta que había recibido por la mañana, dijo:

—Atended, porque él expone el lado financiero de la proyectada empresa.

Y leyó, y comentó dicha carta: necesitaba el joven unos sesenta mil francos para instalar la fábrica; había encontrado en París á uno de sus antiguos condiscípulos de Caen, el gordinflón Boutigny, que se despidió del latín en el cuarto curso y ejercía á la sazón el oficio de comisionista de vinos; este Boutigny, muy entusiasmado con el proyecto de Lázaro, ofrecía treinta mil francos, y sería un excelente asociado, administrador, cuyas facultades prácticas aseguraban el éxito material; faltaban, por lo tanto, otros treinta mil francos, porque Lázaro quería ser propietario de la mitad de la empresa.

—Como veis—añadió la señora Chanteau—me ruega que me dirija en su nombre á Thibaudier, y la idea es buena, porque Thibaudier prestará en seguida la suma. Precisamente Luisa está enferma, y como pienso en ir á buscarla, para que pase con nosotros una semana, tendré ocasión de hablar á su padre.....

Los ojos de Paulina se turbaron y un temblor convulsivo adelgazaba sus labios, mientras Verónica, de pie al lado de la mesa, en actitud de limpiar una taza, miraba fijamente á la niña.

—Yo había pensado otra cosa—continuó la tía;—pero como en los negocios industriales hay siempre riesgos, me he prometido no hablar de ella.

Pero volviéndose hacia la joven, añadió:

—Sí, querida mía: había pensado en que tú misma prestases á tu primo esos treinta mil francos. ¡Jamás encontrarán colocación más ventajosa! El dinero te reeditaría un veinticinco por ciento, porque tu primo te asociaría á los beneficios, y me duele el alma al considerar que tanta fortuna fuera á engrosar el bolsillo de otro..... Pero yo no quiero que arriesgues tu dinero: es un depósito sagrado y te lo devolveré intacto.

Paulina escuchaba, muy pálida, presa de gran agitación: había en ella una herencia de avaricia, el amor de Quenu y de su mujer Lisa á la moneda del mostrador, el respeto al dinero, el miedo de perderlo, una ruindad secreta que se despertaba en el fondo de su corazón; y como su tía la mostró el cajoncito de la mesa donde dormía la herencia de sus padres, casi la irritaba el pensamiento de que aquel dinero se derritiera en las manos disipadoras de su primo.

Y callaba, aunque la hacía daño la imagen de Luisa llevando á Lázaro una buena talega de dinero.....

—Su dinero es su dinero—arguyó Chanteau, lanzando un alarido al intentar extender su pierna.—

Si el negocio saliese mal, ese dinero caería sobre nosotros..... No, no: Thibaudier le prestará muy gustoso.

Entonces Paulina exclamó en generoso arranque de su corazón:

—¡Oh! ¡no me hagáis tanto daño! soy yo quien debe prestárselo á Lázaro..... ¿No es él hermano mío? ¡sería muy ruin si le negase mi dinero! ¿Por qué me habéis hablado siquiera? ¡Dádselo, tía, dádselo todo!

El esfuerzo que acababa de hacer llenó de lágrimas sus ojos, y sonreía á la vez, confusa de haber vacilado, y aún acosada de un presentimiento que era motivo para ella de cruel desesperación.....

—Vamos, ven á abrazarme—acabó por decir la tía, que también derramaba lágrimas.—Eres una buena muchacha, y Lázaro tendrá tu dinero..... ¡No hay motivo para que te incomodes!

—¿Y no me abrazas á mí?—murmuró el tío.

Claro es que todos lloraron y se besaron alrededor de la mesa; y mientras Verónica servía el té, y Paulina llamaba á Mateo, que se deshacía en lamentos fuera de la casa, la señora Chanteau murmuró, limpiándose los ojos:

—¡Es un consuelo para nosotros que tenga el corazón en la mano!

—¡Pardiez!—gruñó roncamente Verónica.—Para que la otra no dé nada, sería ella capaz de dar hasta la camisa.

Un sábado, ocho días después, Lázaro llegó á Bonnevillle: el doctor Cazenove, invitado á la comida, debía conducirle en su carruaje; el cura Horteur, invitado también, jugaba á las damas con Chanteau, medio tendido en un sillón de convaleciente, y como Verónica estaba asando un par de ánades, el gotoso levantaba la nariz cada vez que se abría la puerta de la cocina, sin poder reprimir su glotonería incorregible, no obstante las prudentes reconvenciones del cura, quien le decía:

—¡Que no estáis en el juego, señor Chanteau! Creedme: debéis moderaros esta noche en la mesa, porque los platos succulentos no os harán bien.....

Luisa también había llegado la vispera, y cuando Paulina oyó rodar el coche del doctor, las dos corrieron hacia el patio; pero Lázaro sólo miró á su prima, estupefacto al encontrarla tan formada y robusta.

—¡Cómo! ¿es Paulina?

—Sí, hombre, sí, yo soy.

—¡Ah, vive Dios! ¿pues qué has comido para crecer tanto? ¡Ya estás hecha una mujer casadera!

Y ella se ruborizaba, húmedos de placer los ojos,

al verle examinarla con tanta admiración: él la había dejado una chiquela, una colegiala traviesa, y ahora estaba en presencia de una señorita alta y gruesa, cuyo redondo pecho y talle esbelto se revelaban aprisionados por un lindo vestido de primavera, blanco y adornado de rosas.

Pero ella, en cambio, estaba seria: miraba á Lázaro, y le hallaba envejecido, encorvado, sin su franca sonrisa de joven, y con un ligero temblor nervioso en el semblante.

—Vamos—continuó él—será necesario saludarte en serio: buenas tardes, consocia mía.

Paulina se ruborizó más aún: aquella frase la colmaba de alegría; su primo, después de haberla abrazado, podía abrazar también á Luisa, porque ella no tendría ahora celos.

La comida estuvo muy animada: Chanteau, aterrado por las amenazas del doctor, comió sin exceso, y la señora Chanteau y el cura formaron soberbios proyectos de embellecimiento de Bonneville para cuando enriqueciera al país la especulación sobre las algas.

Todos se acostaron á las once, y como Lázaro y Paulina se separaron ante sus respectivos dormitorios, el joven preguntó á su prima alegremente:

—Pues qué! ¿porque seas ya una señorita casadera no me has de dar las buenas noches?

—Sí, sí—gritó ella, arrojándose á su cuello y besándole en medio de los labios con su antigua impetuosidad de chiquilla.

